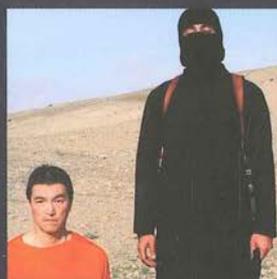
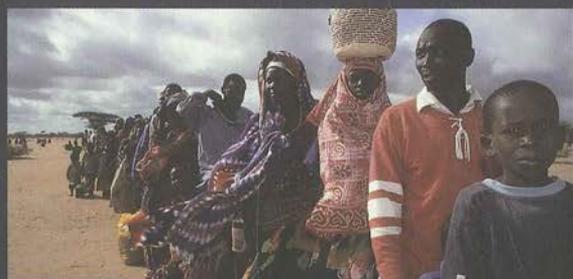
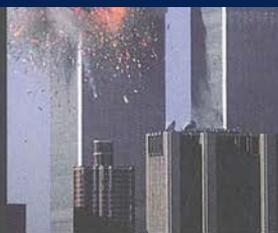




# TOLEFRANCIA

## Capítulo 5



*Tolerancia. Sobre el fanatismo, la libertad y la comunicación entre culturas*  
Centro de Estudios Filosóficos

© Centro de Estudios Filosóficos, 2015

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2015

Av. Universitaria 1801, Lima 32 - Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo  
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: abril de 2015

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2015-04305

ISBN: 978-612-317-078-3

Registro del Proyecto Editorial: 31501361500415

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa  
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

**Carla Cordua** | Pontificia Universidad Católica de Chile | Chile

---

Circunstancias morales: tolerar y aceptar

La filosofía suele situar el discurso moral, sin cuestionarlo, en los actos de las personas, esto es, en las conductas atribuibles a sujetos individuales. Este enfoque familiar, determinado por el interés en la responsabilidad, tiene una innegable justificación. Lo hemos heredado de la tradición y está incorporado al sentido común de la civilización cristiana. Tal punto de vista sobre el asunto de lo moral admite que se lo extienda a las actitudes y costumbres de los agentes. Pero ha solido excluir la consideración de circunstancias que por diversos motivos adquieren para nosotros un sentido específicamente moral. Nuestra condición cismundana, por ejemplo, uno de los contextos amplios de toda conducta posible, no es nunca examinada desde el punto de vista de su relevancia moral. Que los sujetos morales tengamos una sola existencia y que ella habrá de desarrollarse precisamente aquí en la tierra, tal circunstancia, por inesquivable, parece no necesitar escrutinio de ninguna clase. Sin embargo, tanto nuestra mortalidad como nuestra existencia terrena son el horizonte<sup>1</sup> constante del sentido que posee el ejercicio de la libertad implicado por la acción moral. Cuando en el siglo pasado se dijo «estamos condenados a ser libres» se mencionaba un rasgo decisivo de nuestra condición. Muy pocos vivimos esta vida como preparación para otra o como antecedente para ganar la eternidad. Declaramos que sería sensato mirar más allá de la oportunidad singular y situada aquí de que disponemos, pero no asumimos esta perspectiva debido a las urgencias y las sorpresas del vivir sin ensayo previo. Una moral centrada en la responsabilidad por los actos ocurre en el marco de condiciones generales de la acción que la teoría pasa por alto.

La moral filosófica que se interesara también por las circunstancias significativas en que se deciden y juzgan los actos sería diferente de la que tenemos. Dejaría de pensar que las circunstancias interesan solo porque sirven de excusa a los incapaces de cumplir las exigencias morales que reconocen tener. Este es el origen de la mala fama de las circunstancias entre moralistas. Las excusas morales no van a desaparecer con ignorar las circunstancias. Mientras los principios que nos rigen sean universales, como tienen que ser, y tengamos que reflexionar por nuestra cuenta

---

<sup>1</sup> Todo acto de comprender y de pensar se desarrolla en el contexto de una revelación previa del mundo en el que nos encontramos y de una familiaridad ya adquirida con las circunstancias básicas de nuestra vida en ese mundo. Husserl desarrolló este concepto del «mundo de la vida», el cual es tácitamente presupuesto tanto por los hombres en general como por toda teoría filosófica y científica. El mundo descubierto antes de teorizar nos ofrece los contextos u «horizontes» dentro de los cuales se presentarán aquellos asuntos dotados de sentido para nosotros y con los que, por tener sentido, podremos operar práctica e intelectualmente. Sin tales presupuestos seríamos incapaces de pensar y de actuar razonablemente. Cf. HUSSERL, Edmund. *Die Krisis der europäischen Wissenschaften und die Transzendente Phänomenologie*, Hua VI, §§ 28-29; 33-39; 41; 44; 48-49 et passim.

y riesgo sobre lo que hemos de hacer en cada una de las situaciones irrepetibles de la acción, recurriremos al sentido general de las circunstancias de los actos. El sentido hace comprensible la acción, aunque no siempre la justifique, porque está ligado a los marcos generales del pensar del sujeto. Las circunstancias que sirven a veces de puerta de escape a los irresponsables pueden desempeñar este papel precisamente por estar ligadas a las posibilidades morales. Pero aunque algunas presten, en efecto, este servicio, no todas son de la misma clase. Distinguir entre ellas evitaría declararlas de antemano fuera de los límites de la moral. Conozco un solo moralista importante, el inglés Richard Hare, que admitió a las excusas morales como fecundas y moralmente interesantes. Esta liberalidad pudo haberlo inducido a fijarse en las circunstancias significativas para la moral, pero no lo hizo, que yo sepa.

La moral se pondría en contacto con circunstancias pertinentes considerando, por ejemplo, la diferencia entre lo que hacemos y lo que simplemente nos ocurre. Pues los actos no son lo único que importa acerca de las personas morales, sino también lo que les ha sucedido sin participación suya. El distingo *moral* entre lo hecho y lo sucedido se lo debemos a la obra de Wittgenstein. Aunque fue profundamente moral, en cuanto filósofo del lenguaje concluyó que no se podía hablar con sentido sobre temas que envolvieran valores. Por eso no formuló una doctrina moral. El vuelco lingüístico de la filosofía, un fenómeno histórico de vasto alcance, se convierte en una circunstancia moral para este gran filósofo. A ello debemos el desarrollo de la noción de aceptación moral, a la que me referiré luego. También la vigencia de la idea de tolerancia está ligada a circunstancias históricas. El cisma de la Iglesia católica al comienzo de la modernidad le dio a «tolerancia» un sentido mayormente religioso. Como freno a la belicosidad de católicos y protestantes se recomendaba por sí misma la práctica de aguantar que hubiera gentes equivocadas en sus convicciones. La tolerancia ha recuperado hoy su alcance moral y político debido a la paulatina desaparición de las sociedades homogéneas. Los tiempos postimperialistas nos dejaron un mundo étnica y culturalmente revuelto; la facilidad de las comunicaciones y de los transportes permiten a casi todos trasladarse a cualquier parte del globo. Esto aumenta las fricciones entre gentes que vienen de un pasado diverso e incomprensible para sus conciudadanos. La idea de tolerancia renace con fuerza en tales circunstancias.

La tolerancia, aunque tiene un aspecto moral, interesa hoy principalmente como una manera de perfeccionar la convivencia política. En este carácter admite que se la piense como el producto de un cálculo de conveniencias. La tolerancia es indispensable en las comunidades latinoamericanas —dice Fernando Salmerón—<sup>2</sup> en las que viven juntos diversos grupos étnicos que aspiran a ejercer sus derechos ciudadanos sin tener que renunciar a su identidad colectiva. Aun reconociendo la necesidad de la tolerancia, admitamos que ella presupone la desaprobación, en algún sentido, de lo tolerado. No se tolera lo que gusta. Conviene, por ello, examinar sus limitaciones. Un crítico dice que la tolerancia consiste en que alguien «acepta a regañadientes, por convicción o simulación cívica, aquello que en el fondo rechaza,

<sup>2</sup> Cf. SALMERÓN, F. «La tolerancia». En *Diversidad cultural y tolerancia*. México: Paidós, 1998, pp. 27-39.

aquello que lo irrita y solo puede aceptar porque mira a otra parte». «Tolero, haciendo un esfuerzo, lo que en el fondo me resulta inaceptable, lo que borraría del mundo si pudiera... Tolero la existencia de adversarios políticos porque es el precio que debo pagar para vivir en una democracia donde mis propios puntos de vista y mis propios intereses sean tolerados, pero, si pudiera suprimiría del ágora esas diversidades adversarias»<sup>3</sup>. Y es verdad que la tolerancia no implica aceptar e incluir a los otros con los que nos tocó convivir. Tendría que haber una civilidad superior a la tolerante y bien podría ser una capaz de aceptar la diversidad como una forma irremplazable de riqueza cultural.

La noción de aceptación de Wittgenstein es de alcance individual; el filósofo habla de su propia vida, en primera persona del singular, único modo de expresar las convicciones morales. «Mi *vida* consiste en que con algunas cosas me doy por contento»<sup>4</sup>. El filósofo asoció la moralidad con la felicidad personal; en su *Diario* juvenil afirma: «Siempre vuelvo simplemente a que la vida feliz es buena y la infeliz, mala»<sup>5</sup>. Allí mismo formula el único imperativo ético que reconoce: «¡Vive feliz!»<sup>6</sup>. Y explica que «Para vivir feliz tengo que estar en concordancia con el mundo. Y esto es lo que *se llama* 'ser feliz'»<sup>7</sup>. Apreció a los que saben cómo conseguir la paz consigo mismos<sup>8</sup>, a los que evitan los tormentos autoimpuestos, de que los románticos suelen enorgullecerse. El contentamiento consigo, la felicidad y la concordancia con el curso del mundo no son conceptos definidos que puedan operar como metas y criterios determinados para guiar la acción. Son demasiado vagos, oscilantes y subjetivos. Kant rechazó, con toda razón, que la felicidad pudiera ser un fin moral. Pero en las relaciones de cada uno consigo mismo y para orientarse respecto del sentido de las cosas en el conjunto de la propia vida son perfectamente aceptables. El llamado «conjunto de la propia vida» también tiene, mientras vivimos, el carácter de un esquema imaginativo sin un contenido preciso. Aunque no podríamos teorizar con esta clase de representaciones vagas, las necesitamos para ir viviendo y resolviendo lo que hacer en diversas circunstancias.

Los elementos más importantes de la propia vida moral no eran para Wittgenstein ni las decisiones ni los actos responsables, sino ciertas cosas que nos suceden sin nuestra intervención. «Las cosas más importantes simplemente te suceden»<sup>9</sup>, le dice a un amigo. A pesar de ello, nosotros aceptamos como nuestros algunos de estos sucesos. Quien se sitúa en la actitud de aceptar lo que le sucede sabe que también podría rechazarlo, de manera que, aparte de qué sea lo que cada cual acepta,

<sup>3</sup> AGUILAR CAMÍN, H. «Más allá de la tolerancia». En *El Sábado de El Mercurio*, 20 de mayo de 2000, p. 20.

<sup>4</sup> «Mein *Leben* besteht darin, daß ich mich mit manchem zufrieden gebe». WITTGENSTEIN, L. *Über Gewißheit* § 344; cf. §§ 343, 144, 196, 204, 331, 411, 556.

<sup>5</sup> WITTGENSTEIN, L. *Tagebücher 1914-1916*, 30 de julio de 1916.

<sup>6</sup> *Ib.*, 8 de julio de 1916.

<sup>7</sup> *Ib.*, 30 de julio de 1915 y 13 de agosto de 1916.

<sup>8</sup> Cf. WITTGENSTEIN, L. *Philosophische Untersuchungen*, § 133.

<sup>9</sup> BOUWSMA, O. K. *Wittgenstein, Conversations 1949-1951*. Editado por Craft y Hustwit. Indianapolis: Hackett, 1986, p. 46. Cf. el verso de W. H. Auden, «We are lived by powers / we pretend to understand».

hablando de esta posibilidad nos referimos a una opción. Es obvio que, aún sin quererlo, aceptamos mucho, pero, a propósito de la aceptación moral, nos interesa el contentamiento que para el filósofo derivaba de su práctica de buscar un acuerdo con el curso de las cosas. Este aspecto no es toda la moral pero puede convertirse en la base de una actitud moral no doctrinaria, ajustada a los tiempos que corren.

Al hablar de concordancia con lo que es y de aceptación no nos referimos a los hábitos que nos incorporamos por imitación o por inercia. Pensamos en la posibilidad de desarrollar una política estable para el curso de la vida en el mundo que nos tocó, cuyo propósito consista en recibir parte de lo que tal curso aporta, en adueñarse de ello con comprensión, y a veces, cuando algo lo merece, con gratitud y alegría. Pero contentarse con lo que se acepta en un sentido moral es una práctica que es preciso ir aprendiendo, elegirla y preferirla entre posibilidades morales. El compromiso con lo que aceptamos tiene que ser personal, consciente y sin asistencia. En nada somos irremplazables, excepto en materias morales.

¿Qué es lo que puede conferirle sentido moral a la aceptación de algunas cosas que nos ocurren, esto es, a la «aceptación de lo razonable»? Darse por contento con lo que llegamos a ser no ha sido reconocido entre las virtudes. Las virtudes fueron concebidas como formas del vigor, como capacidades de hacer y lograr y la connotación volitiva, característica de lo moral, parece faltarle a la aceptación. La primera impresión que tenemos es que cuando se la adopta como política de vida, más bien contrasta con el actuar que acostumbramos a llamar moral. Este contraste se podría poner al servicio de la aclaración del sentido ético de ciertas variantes de la aceptación y el contentamiento.

La tradición del pensamiento moral tiende a presentar al ejercicio de las virtudes como esforzado y difícil. Reclama determinación y carácter y pide que estos rasgos se combinen con una buena educación y hábitos establecidos de decencia. Si estos últimos faltaren, la buena conducta sostenida costaría esfuerzos heroicos que no resulta sensato esperar de todos. También la idea de darse principios morales y guardarles fidelidad, cueste lo que cueste, sugiere una disposición tenaz y enérgica de la personalidad moral. En efecto, el discurso moral condena casi unánimemente el oportunismo del que hace lo que sus circunstancias le sugieren; la indignidad del que se adapta sin reservas a las situaciones en que la suerte lo pone. La llamada «fuerza de voluntad» se caracteriza, más bien, por dictar leyes y someterse a ellas con respeto; por eso la posibilidad de la anomia de la voluntad ha preocupado a los moralistas desde la Antigüedad. A la luz de tal tradición, la aceptación tendrá dificultades para hacerse reconocer un sentido moral. Donde el sufrimiento vale como mérito o como preparación para hacer el bien, el contentamiento consigo viene a situarse cerca de la pereza, la vanidad culpable y el egoísmo. El enemigo del mundo que se enorgullece de serlo expresará su desaprobación. Cualquier asomo de conformidad tiene que resultarle, además de inmoral, innoble.

En la Antigüedad, los moralistas estoicos y algunas otras escuelas filosóficas predicaban la vida en conformidad con la naturaleza, pero lo hacían a partir de una concepción teológica del universo que hoy no compartimos. Estos pensadores encontraban en la lógica, la física y la ética la misma concatenación necesaria de las cosas que, desde su punto de vista, garantizaba el orden universal que el sabio conocía y aceptaba de buen grado. Este es el sentido en que para los estoicos todo cuanto ocurre, sucede conforme al destino. El filósofo, que conoce la interdependencia de todo, actúa conforme al destino en contraste con el ignorante, al que el destino arrastra en dirección ajena u opuesta a su voluntad. Para el pensamiento contemporáneo la naturaleza, más que un sistema unitario de partes conectadas por una red universal y homogénea de causas, es una mezcla compleja de regularidad y de azar. La naturaleza no es fuente de inspiración de nuestra conducta ni aspiramos a adaptarnos a ella. Carecemos de un modelo único de acción; estamos dispuestos a arriesgarnos y todo fatalismo nos es ajeno y antipático. Estos rasgos y otros nos separan de la idea antigua de aceptación moral.

Consideramos, más bien, que hasta la muerte y el dolor, aunque inescapables, son modificables por la acción. Aunque no disponemos de los medios para garantizarle resultados positivos a determinados cursos de acción, nos compensa la firme convicción de que no son muchas las cosas deseables que están puestas de antemano fuera de nuestro alcance. Todo cuanto me puede afectar ha de acercarse lo suficiente como para que yo a mi vez pueda afectarlo, si quiero. Somos, para bien y para mal, ricos en recursos frente a lo que se nos viene encima. Frecuentemente nos golpean ciertos sucesos funestos, la aplastante mala suerte, etcétera. Puede parecer intolerable oír hablar de aceptación a propósito de tales posibilidades. Pero la enumeración de las desgracias que nos esperan y suceden ignora nuestra recepción de ellas, la capacidad de responder y adoptar una posición propia frente a lo que no podemos evitar.

La aceptación moral no debe ser concebida como mera pasividad y omisión. Puede, claro está, incluir, como cualquier otra política de vida, decisiones de abstenerse de actuar en determinadas situaciones, pero no consiste en tales omisiones. La aceptación de nuestra condición limitada, de la existencia del mal, de la casualidad y las coincidencias desgraciadas, tanto como la aceptación de nuestras capacidades, de la existencia de la bondad y generosidad ajenas, son compatibles con una vida activa plena. La aceptación de algunas cosas no es tampoco una fórmula totalitaria a la que haya que recurrir siempre; no es una regla ni una ley ni tampoco un imperativo que por sí solos establezcan en qué consiste la moral.

La expresión de Wittgenstein, citada al comienzo, «aceptar algunas cosas» o «darse por contento con algunas cosas» (*mit manchem sich zufrieden geben*) es amplia, vaga y formal: se cuida de fijar contenidos dignos de ser aceptados. A pesar de su carácter abierto, excluye definitivamente todo dogmatismo y pretensión de dictar el bien a los demás. Tratándose de moral soy yo quien tiene que aceptar, ser feliz, etcétera. Todo aquí es asunto de cada uno. La fórmula da, además, una señal de moderación

que tácitamente desaconseja los extremismos, las pasiones e impulsos incontrolables que nos mantienen agitados, tensos y en guerra con las cosas como son. Entendida de esta manera la aceptación solo define un estilo, no alcanza a convertirse en una doctrina. Por eso no admite, tampoco, la formulación de generalizaciones sobre sus alcances.

La obra de Wittgenstein contiene múltiples consideraciones sobre los límites de las cosas y de las actividades humanas. Establecer tales límites con claridad y respetarlos una vez que se los concibe tuvo, para este filósofo, un sentido moral. Todo está bien con la condición de que no se lo tome por lo que no es, esto es, mientras no se lo confunda o presente enredado con otra cosa. «Como todas las cosas son, es Dios. Dios es como todas las cosas son»<sup>10</sup>. Ir más allá de los límites de algo o siquiera intentarlo conduce al fraude y a la confusión. A veces, incluso al pecado, piensa el filósofo. En este sentido, Wittgenstein es un seguidor de Kant, para quien la manera crítica de la filosofía redundante, precisamente, en el señalamiento de límites del conocimiento, del uso legítimo de la razón, de la conducta libre, del juicio estético. Entre las obras de Wittgenstein, el *Tractatus*, sobre todo, define los límites del mundo, del lenguaje, del sentido, del pensamiento, de la filosofía. Tales límites prestan un servicio moral a quien quiere pensar con claridad y precisión. El filósofo no encuentra mérito ni gracia en las trasgresiones; solo muestra cierta comprensión más tarde con el caso de la ética, que resulta de un impulso humano consistente a chocar con los límites del lenguaje<sup>11</sup> pero que no consigue pasarlos; y en el de la religión<sup>12</sup>, que trata de expresar verbalmente un sentimiento en términos absolutos, sin lograrlo. Frente a otros límites, como la inescrutabilidad del futuro, la ineficacia de la voluntad para cambiar el orden del mundo de los hechos, nuestras culpas y errores pasados, solo cabe aceptarlos.

<sup>10</sup> WITTGENSTEIN, L. *Tagebücher 1914-1916*, 1 de agosto de 1916.

<sup>11</sup> WITTGENSTEIN, L. *A Lecture on Ethics*. En *Philosophical Occasions 1912-1951*. Editado por Klagge y Nordmann. Indianapolis: Hackett, 1993, pp. 37-44. «The first thing I have to say is, that the verbal expression which we give to these experiences is nonsense!» (p. 41).

<sup>12</sup> Wittgenstein und der Wiener Kreis, 17 de diciembre de 1930: Religion.